

Compañía; en el primer caso había que añadir como cuarta la satisfacción a Parma (1).

Sobre la redacción de la lista definitiva a base de esta instrucción hubo entre los embajadores vivos debates. Una lista que Aubeterre entregó el 19 de abril (2) contenía veintiún papables. En una sesión del 22 de abril celebrada en casa del embajador francés, a la cual asistió también Centomani en calidad de representante de Nápoles, se convino otro elenco, que Aubeterre entregó al siguiente día a los cardenales franceses como cosa definitiva. Sólo contaba once papables, entre los cuales se hallaban de nuevo los seis que ya anteriormente habían sido calificados de demasiado viejos, y los restantes eran Sersale, Malvezzi, Ganganelli, Perelli y Branciforte; de éstos los nombrados en primero y en último lugar habían sido juzgados ya antes como carentes de toda probabilidad. Para completar la docena fué añadido a los once, Stoppani. Si ninguno de los papables triunfaba había que recurrir a la clase segunda de los indiferentes. La tercera división contenía quince cardenales, cuya elección había que impedir mediante votación; y si para ello no era posible reunir el suficiente número de votos, entonces habrían de apelar los embajadores a la declaración de que los monarcas no reconocerían a ningún Papa que fuera elegido contra la voluntad de ellos, y los propios embajadores saldrían de Roma. Contra los nombres contenidos en la cuarta división de la lista se emplearía el veto solemne si necesario fuera (3). Por tanto quedaban excluidos del pontificado nada menos que veintiséis cardenales, y Aubeterre había logrado, no sin trabajo, en contra de Azpuru, la inclusión de Malvezzi y de Stoppani en la primera clase (4).

El mismo Bernis expresó su displicencia por la lista en un esbozo de carta dirigida a Aubeterre. Una vez llegados los españoles, escribía, contará el conclave cuarenta y seis miembros y a veintitrés de éstos daban la exclusiva las listas acordadas por Francia y España. De los restantes había que tachar todavía como no papables a Cavalchini, Neri Corsini, Lante, a dos españoles y a otros dos

(1) *Grimaldi a Azpuru el 4 de abril, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Conclave 1769».

(2) *Azpuru a Aubeterre el 20 de abril, *ibid.* La lista misma *ibid.* El ejemplar de Simancas 5013 no tiene las observaciones añadidas posteriormente.

(3) *Aubeterre a Luynes el 23 de abril, *loco cit.*; Theiner, *Hist.*, I, 224 s.

(4) *Aubeterre a Bernis el 22 y 23 de abril, *en poder de los jesuitas*, De suppressione, g.

franceses lo mismo que a Orsini. ¿Cómo encontrar, pues, un Papa? Responderá Azpuru que todavía queda Sersale. Mas a Sersale no se le quiere aquí, a Stoppani tampoco, a Malvezzi se le tiene miedo desde que habla en favor de las cortes. Los napolitanos Pirelli y Perelli reunirán pocos votos a causa de su escasa edad. Ganganelli es temido y poco apreciado. A todo esto replicará sin duda Azpuru que la fatiga obligará a los electores a recurrir a Sersale. Pero la fatiga, unida a los rumores que circulan sobre la tiranía de las cortes, acabará por echar por tierra el sistema hasta el presente preferido del veto, se perderán votos y se elegirá un Papa adverso a las cortes. Si contra lo que es de esperar fuera elegido el Papa de entre los dudosos o indiferentes, ¿se quiere llegar al extremo de presentarle el veto en la capilla del escrutinio? Al parecer no se arredran de apelar a semejante procedimiento, pero luego se arrepentirán de ello. Jamás ha sido voluntad de las cortes hacer al Papa excluyendo a más de la mitad del sacro colegio; semejante proceder no tiene precedentes. A él no le falta ánimo ni paciencia, pero es preciso también ser razonables y no poner a los cardenales del conclave en la necesidad de separarse entre protestas contra la tiranía. Es imposible fijar un plan de conducta a base de una exclusiva que apenas deja libres a cuatro o cinco cardenales, algunos de los cuales, por otra parte, son demasiado jóvenes. ¿A qué atenerse si los «dudosos» y los «indiferentes» son tratados con el mismo rigor que los «malos»? No queda otra solución sino que los ministerios de las cortes elijan al Papa, pues, en cuanto él alcanza a ver, sobre todos los cardenales se duda de lo que harán una vez elegidos (1).

Bernis no se atrevió a enviar esta carta (2), pero al recibir la última lista escribió con todo a Aubeterre en términos parecidos (3). Aubeterre se disculpó escudándose en la voluntad de su gobierno. Por su parte había conseguido con trabajo que Malvezzi fuera colocado entre los «buenos», mas sus esfuerzos habían resultado inútiles respecto a De Rossi y a Stoppani. De Rossi no se guiaba más que por consideraciones egoístas (4). Bernis replicó que España quedaba

(1) *Bernis a Aubeterre el 22 de abril, *ibid.*; fragmentariamente en Carayon, XVII, 164 s.

(2) «Ce billet n'a pas été envoyé», se lee en la minuta.

(3) *Bernis a Aubeterre el 24 de abril [1769], *en poder de los jesuitas*, De suppressione, f; parcialmente en Carayon, XVII, 165 s.

(4) *Aubeterre a Bernis el 25 de abril, *en poder de los jesuitas*, *loco cit.*; Carayon, XVII, 166 s.

muy lejos del conclave para juzgar rectamente de los cardenales. Entre los desechados había algunos mejores que los preferidos; el rigor de los españoles podría acarrear desagradables consecuencias (1). A Choiseul le manifestó Bernis iguales reparos (2) y el propio Orsini no se quedó en zaga con sus objeciones (3). Azpuru hizo retirar la amenaza de que los embajadores abandonarían a Roma en caso de una elección desfavorable (4).

Importancia capital adquiere en las deliberaciones de los embajadores el destino de la Compañía de Jesús. Cuál fuera entonces el convencimiento de vastos círculos eclesiásticos, el temor de muchos jesuitas y la esperanza de la corte española lo expresa el agente español Zambecari al escribir el 18 de febrero de 1769 desde Bolonia a Grimaldi que con la muerte del Papa habían recibido los jesuitas la extremaunción (5). Se desea, decía, por Papa a un amigo de las cortes, principalmente al cardenal arzobispo Malvezzi, el cual no comparte los prejuicios de la curia romana, pues ahora todos creían unánimemente que la supresión de la Orden se convertiría en realidad (6). Un escrito de aquel entonces trata de demostrar que el Papa estaba obligado en conciencia a condescender con la mayoría de los soberanos católicos de Europa y a suprimir la Compañía de Jesús sin previo proceso ni procedimiento probatorio, sólo a base de la mala fama en la cual había caído a consecuencia de sus torcidas doctrinas, de sus negocios comerciales, de su ilimitada codicia y de sus infames atentados contra la vida de los príncipes y la seguridad pública. El escrito iba dirigido originariamente a Clemente XIII, y muerto éste le fué añadido un capítulo dirigido a los cardenales del conclave (7). A instancias de Centomani lo hizo imprimir Tanucci

(1) *A Aubeterre el 26 de abril, en *poder de los jesuitas*, loco cit.

(2) *el 26 de abril, *ibid.*, d. El 10 de mayo *escribía Bernis a Choiseul: On ne veut... ni des vieillards, ni des jeunes gens, ni des ministres des Couronnes; on s'oppose a Stoppani et a Malvezzi, il ne reste aucun sujet véritablement capable. La proscription a esté trop forte... On s'arrêtera sur un partisan secret des jesuites, ou sur un homme faible à qui les amis de la Sociéte, dominans dans le S. Collège, fairont peur...

(3) *A Azpuru [26 de abril], *Archivo público de Nápoles*, C. Farnes., 1504.

(4) *Azpuru a Orsini el 28 de abril, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Conclave 1769»; cf. *Azpuru a Grimaldi el 27 de abril, *ibid.*, Registro, 108.

(5) Muerto el Papa, los Jesuitas han recibido la Extrema Uncion. *Archivo de Simancas*, Estado, 4734.

(6) *Zambecari a Grimaldi el 11 de febrero, *ibid.*

(7) *Parere di un illustre Ecclesiastico sulla necessità di abolirsi la Com-

secretamente en Nápoles y cuidó de distribuirlo entre los cardenales (1).

VII

Inmediatamente después de la muerte de Clemente XIII se convinieron los embajadores borbónicos en que al restablecer la paz con el Pontífice había que dejar a un lado las demás reclamaciones e insistir única, pero tenazmente, en la supresión de la Compañía como condición ineludible (2). Choiseul aconsejó por otra parte prudencia en este punto, pues un paso dado en falso podía comprometer el honor de las coronas. Él personalmente no daba tanta importancia a la supresión como Aubeterre. Si se insistía únicamente en dicha exigencia podría ocurrir que se cerrase la puerta para ulteriores negociaciones (3).

En Madrid, en cambio, se compartía la opinión de Aubeterre de que la supresión era la más excelente y la única condición previa para la paz. Sólo a base de ella se ha de negociar, escribía Carlos III el 28 de febrero de 1769 a Tanucci (4) y en idéntico sentido fueron remitidas instrucciones a Azpuru (5). La diversidad de opinión existía solamente sobre el modo de lograr el fin apetecido. Un cierto

pagnia detta di Gesù (en *Inquietudini de' Gesuiti*, IV [Nápoles], 1769 [31 páginas]); *Brunati a Colloredo el 1.º de abril, *Archivo público de Viena*. El escrito había sido redactado por Mons. Bartolo con el auxilio de Marefoschi, Conti, Carafa y De Columbrano en el convento sito junto la Chiesa Nuova (Ricci, *Espulsione dalla Spagna*, n. 162).

(1) *Centomani a Tanucci el 10 de febrero, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ⁴⁷¹/₁₂₁₆; *Tanucci a Centomani el 21 de febrero, *ibid.*, ²⁸⁰/₁₀₈₅. El 28 de febrero envió Tanucci *dos ejemplares a Carlos III (*Archivo de Simancas*, Estado, 6102) y doce a Orsini (*Archivo público de Nápoles*, loco cit.), el 7 de marzo siguieron otros veinte (*ibid.*, C. Farnes., 1504), y veinticinco más el 12 de abril (*Tanucci a Centomani, *ibid.*; *Tanucci a Orsini, *ibid.*). Azpuru (*a Grimaldi el 2 de marzo, *Archivo de Simancas*, Estado, 5036) y Grimaldi (*a Azpuru el 21 de marzo, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 49) tuvieron por convincente el opúsculo, otros por flojo (*Orsini a Tanucci el 10 y 14 de marzo, *Archivo público de Nápoles*, C. Farnes., 1504 y 1473, respectivamente). Según Kaunitz (*a Colloredo el 26 de abril; *Archivo público de Viena*) no faltó respuesta al folleto.

(2) Aubeterre a Choiseul el 6 de febrero, *Archivo de Simancas*, Estado, 5012; Carayon, XVII, 141.

(3) A. Aubeterre, Carayon, XVII, 142; Theiner, *Hist.*, I, 185.

(4) Danvila y Collado, III, 298.

(5) *Grimaldi el 14 de marzo, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 49.

monseñor d'Angio propuso a Tanucci enviar a Roma como legado extraordinario a un seglar de carácter resuelto, el cual de acuerdo con Centomani y los embajadores hiciera firmar a todos los cardenales la promesa de satisfacer todos los justos deseos del rey (1). Aubeterre, en cambio, se daba por satisfecho con una promesa verbal arrancada a todos los candidatos a la tiara, pero Orsini incluso calificaba esta propuesta de deshonrosa e indigna de un hombre de categoría y educación (2); ni siquiera Tanucci se podía avenir a ella (3). La opinión de éste era que el asunto debía quedar resuelto en el mismo conclave, pues durante la elección se preocuparía el candidato por llegar lo antes posible al fin apetecido. En cambio, una vez elegido sentiría escaso placer en ocuparse en un negocio espinoso y entonces habría que pagar el escote a costa de los sólidos y verdaderos principios de la soberanía, y quizá también con la devolución de Aviñón y Benevento. Durante el conclave debía urgirse el caso con decoro y dignidad difundiendo el dictamen según el cual el Papa podía y aun debía suprimir la Compañía de Jesús sin previo proceso e indagando en las conversaciones particulares el criterio de los cardenales para adoptar luego las oportunas medidas (4).

Entre tanto Aubeterre y Tanucci se confirmaban cada vez más en la persuasión sobre la imposibilidad de lograr la supresión de los jesuitas por medio de negociaciones con el sacro colegio en pleno (5). Orsini, lo mismo que los cardenales franceses, escribía Aubeterre a París, se oponían a que el asunto fuera tratado en el conclave. Por eso creía él que era preciso conseguir, anteriormente a la elección,

(1) *G. G. d'Angio a Tanucci el 3 de febrero, loco cit., C. Farnes., 1473.

(2) *A Tanucci el 7, 14 y 21 de febrero, ibid.

(3) Ibid.

(4) De la promesa por escrito aborrisce e ripugna il cardinale Orsini per coscienza, per onore e per le conseguenze inquiete [¿jinique?], che ne averrebono quando la cosa si scoprisse e finalmente perchè fatte le riflessioni sulli cardinali papabili niuno per temperamento, per massime e per costume apparisce capace di condiscendere a far tal biglietto. Stimo, che nel tempo del conclave si deva preparar la cosa con onestà. Pues un Papa già fatto senza tal preparazione... non avrà gran premura di trattar un affare spinoso. *Tanucci a Carlos III el 21 de febrero, *Archivo de Simancas*, Estado, 6102; *el mismo a Azara el 14 de febrero, ibid., 6007; Azara a Roda el 16 de febrero, en *El espíritu de Azara*, I, 222. *Orsini a Tanucci el 23 de febrero, *Archivo público de Nápoles*, C. Farnes., 1473.

(5) *Tanucci a Grimaldi el 4 de abril, *Archivo de Simancas*, Estado, 6102; *Azpuru a Grimaldi el 30 de marzo, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro, 108.

de los candidatos una promesa por escrito o verbal ante testigos (1); en este punto España era irreductible, el rey Carlos y su confesor insistían en ello de modo terminante, y asimismo Portugal, la cual sólo bajo esta condición admitía una aproximación a Roma (2). Las mismas consideraciones fueron expuestas por Azpuru a Orsini (3) instándole a que deliberase con los cardenales franceses sobre la posibilidad y forma de poder plantear en el conclave mismo la supresión, o si por lo menos se podría lograr de los tres o cuatro cardenales que presentaban mayores esperanzas de éxito la seguridad de la supresión.

El resultado de la deliberación tenida con los cardenales franceses fué la recusación por parte de los mismos de la propuesta; una promesa formal de suprimir la Compañía para conseguir la tiara sería manifiesta simonía. Orsini respondió a Azpuru que no se podía hacer otra cosa que elegir a un cardenal del cual pudieran esperar con seguridad los soberanos la grata acogida de sus demandas. El conclave no tenía incumbencia para tratar más que de la elección. La solución de negociar con los cardenales en particular tampoco parecía realizable. El resultado de la elección era completamente inseguro y Colonna lo mismo que Serbelloni renunciarían a la tiara antes que hacer semejante promesa. Y si la propuesta de las cortes resultaba rechazada no quedaba a los embajadores más que la humillación y la deshonra (4). A Bernis escribía Orsini: «Persisto en nuestras anteriores decisiones. Vos sois arzobispo y yo presbítero. No podemos cooperar a una elección simoniaca del Papa; no dudo de que el cardenal De Luynes, el cual a su vez es arzobispo, será de la misma opinión» (5).

Empero Aubeterre no se dió por vencido. Por lo que a los cardenales italianos se refiere, decía, ninguno sentirá escrúpulos de conciencia por prestar semejante promesa (6). Él mismo nada veía de ilícito en ello; tratábase en verdad de la secularización de una Orden cuya existencia perpetuaría indiscutiblemente la escisión y

(1) A Bernis el 8 de abril, parcialmente en Carayon, XVII, 153.

(2) Aubeterre a Bernis el 9 de abril, ibid.

(3) *el 9 de abril, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Conclave 1769».

(4) *Orsini a Azpuru el 10 de abril, ibid., Registro, 108; *Azpuru a Orsini el 20 de abril, ibid., Exped. «Conclave 1769»; Tanucci a Grimaldi el 11 y 18 de abril, *Archivo de Simancas*, Estado, 6102.

(5) [10 de abril?] Carayon, XVII, 173.

(6) Ibid., 153 s.

las complicaciones en la Iglesia. Pide a Bernis que confidencialmente se manifieste a Ganganelli, uno de los teólogos más ilustres de aquel país, el cual nunca había tenido fama de moralista laxo; el parecer de él se aproximaría mucho al suyo. No se trataba de cosas temporales sino de cosas espirituales, y nada había más incierto que lo que haría un Papa después de su elección, si de antemano no se le tenía atado (1). A Choiseul escribió Aubeterre en el mismo sentido.

A fin de cubrirse la retirada dirigióse también Bernis al ministro. Sólo se necesita leer las bulas de elección, decía, a cuya observancia todos los cardenales se habían comprometido con juramento, para saber que los cardenales del conclave no tenían en absoluto facultad alguna ni siquiera para tratar de asuntos de la índole propuesta. Si a los candidatos al pontificado se exigía la promesa de suprimir la Compañía, eran conculcadas todas las leyes canónicas y se exponía el honor de las coronas a manifiesto peligro. Un cardenal que fuera capaz de dar tal paso, lo sería también para luego quebrantar su palabra. El conclave no podía hacer otra cosa más que procurar la elección de un Papa iluminista, el cual sintiera la necesidad de otorgar a las cortes la conveniente satisfacción y de vivir en armonía con ellas. Las tres cortes habían pedido en un memorial dirigido a Clemente XIII la supresión de los jesuítas: en sus manos estaba ahora seguir por el camino emprendido con tenacidad. La corte de Viena no opondría obstáculos y todo el mundo opinaba unánimemente que la Iglesia y su bien habían de ser preferidos a una corporación religiosa (2).

Todavía continuó la lucha entre los cardenales y los embajadores borbónicos. Aubeterre defendía el carácter simoníaco del compromiso en cuestión (3), pero Orsini (4) y los cardenales franceses (5) no se dejaban persuadir por sus argumentos. Por esta razón compiló Bernis en una nueva carta del 19 de abril todas las razones en contra. Que la secularización de los jesuítas, dice, era ventajosa y aun necesaria para la tranquilidad de los Estados católicos y de la Santa Sede lo admitían unánimemente los cardenales borbónicos; la

(1) Masson, 99.

(2) Masson, 100; Carayon, XVI, 152 s. (parcialmente).

(3) *A Orsini el 15 de abril. *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ⁹⁹¹1086.

(4) *A Aubeterre el 17 de abril, *ibid.*

(5) Bernis a Aubeterre el 14 y 18 de abril, en Carayon, XVII, 155, 161, 170.

política reclamaba en efecto que fuera arrancado de raíz el árbol al cual hasta el presente no se le había podado nada más que las ramas. La dificultad estaba solamente en encontrar un Papa suficientemente fuerte para descargar el golpe y suficientemente magnánimo para sacrificar a una Orden que era especialmente adicta a la Santa Sede. Al recorrer luego los nombres de la mayor parte de los cardenales observa lo siguiente: «Por muchos indicios concluyo que Ganganelli posee espíritu, conocimientos y hasta carácter decidido, pero se espanta de su propia sombra. Teme la más mínima apariencia de alianza con los franceses y vive retirado en su celda. Con este proceder logró éxito en otros tiempos en su convento, desde su promoción al cardenalato hubiera debido cambiar de conducta, pues así induce a sospechar en él mayor ambición de la que quizá tiene. En general es más temido que amado» (1).

Las representaciones de Bernis obtuvieron en Versalles un rotundo éxito. Choiseul puso fin a las maquinaciones de Aubeterre declarando el 2 de mayo que Francia lo mismo que España no querían sostener con el colegio cardenalicio inútiles negociaciones, las cuales llevaban traza de comprometer la dignidad de los tres monarcas. Precisamente los cardenales más dignos renunciarían a la tiara si se les ofrecía con la condición pretendida (2).

Antes de que llegase esta decisión había declarado ya Aubeterre a Bernis (3) que consideraba terminadas las negociaciones acerca de la requerida promesa, si bien el adjunto dictamen de uno de los más egregios teólogos romanos podía demostrar que su criterio no andaba tan fuera de razón. Bernis respondió (4) que el dictamen procedía del principio de que la supresión de la Compañía de Jesús era el mayor beneficio para la Iglesia; pero dicho principio era rechazado por lo menos por la mitad del clero, por numerosos cardenales, obispos y seglares de todos los países y condiciones y por tanto era una suposición gratuita. Replicó el embajador (5) que la unanimidad no se consigue jamás. Ningún hombre de fría razón podría negar que la persistencia de la Orden jesuítica provocaría

(1) A Choiseul, parcialmente en Crétineau-Joly, Clément XIV, 234 s.; Carayon, XVII, 162; Masson, 100 s.

(2) Theiner, *Hist.*, I, 223 s.; Masson, 101; Carayon fecha la carta el 25 de abril.

(3) el 25 de abril, en Carayon, XVII, 166 s.

(4) el 26 de abril, *ibid.*, 168.

(5) el 27 de abril, *ibid.*, 169.

complicaciones y escisiones y produciría graves pérdidas para la Santa Sede.

Las razones expuestas por Azpuru a Orsini (1) tuvieron tan escaso éxito como las de Aubeterre a los cardenales franceses. Respondió Orsini (2) que según las mismas listas españolas, de los cuarenta y seis cardenales veinte eran enemigos y tres dudosos y por lo tanto fallaba la seguridad de un éxito seguro, de la cual partía Azpuru.

No obstante la oposición de los cardenales borbónicos, Carlos III tornaba siempre a su antigua propuesta de que el candidato al solio pontificio no podía ser inmunista y debía comprometerse a suprimir la Compañía de Jesús. Los cardenales napolitanos y franceses deberían, en cuanto fuera posible, presentar ya en el conclave esta moción. Si esto, empero, era imposible, entonces había que renovar al futuro Papa la propuesta que ya había sido presentada al difunto Pontífice (3).

El 20 de abril convinieron los cardenales de las tres coronas algunas normas para el futuro proceder en el conclave. Determinaron ganar votos, pero no para favorecer a determinados candidatos, sino solamente para presentar el veto. Se abstendrían de dar ulterior declaración sobre qué cardenales no eran aceptos a las cortes. Al veto formal no apelarían sino en caso extremo y después de haber fallado medios más suaves. Si se temía pérdida de votos no se opondrían a la elección de personas menos gratas, supuesto que luego pudieran ellos nombrar a su arbitrio al secretario de Estado (4). Tal norma de conducta, aseguaba Bernis (5), no podrá ser modificada ni por Azpuru, ni por instrucción alguna de la corte de España, pues en Madrid y en otras partes se está mal informado sobre lo que

(1) *Azpuru a Orsini el 20 de abril, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Conclave 1769»; *Azpuru a Grimaldi el 20 de abril, *ibid.*, Registro, 108. Un *memorial sin fecha (Inc.: Il Papa Capo visibile...), *ibid.*, Exped. «Sobre la supresion de la Comp. de Jesus 1767-1774», *ibid.*; *Azpuru a Grimaldi el 13 y 20 de abril, *ibid.*; *Azpuru a Orsini el 20 de abril, *ibid.*; Buonamici en el *Arch. stor. ital.*, 5, Serie XX, 309 s.

(2) *A Azpuru el 23 de abril, *Archivo de Simancas*, Estado, 5013; *Azpuru a Grimaldi el 27 de abril, *ibid.*

(3) *Grimaldi a Azpuru el 25 de abril, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Conclave 1769». Grimaldi tampoco quería ver simonía en un convenio semejante; *ibid.*, Reales Ordenes, 49.

(4) Véase más adelante.

(5) *A Aubeterre el 22 de abril, a *Choiseul el 26 de abril, en *poder de los jesuitas*, De suppressione, f.

en el conclave se puede hacer o es imposible. De querer seguir a ciegas la instrucción española hubiera terminado el conclave con una catástrofe.

VIII

Del mismo modo que Bernis estuvo en constante correspondencia epistolar con Aubeterre, Azpuru y Choiseul, así también remitía Orsini a los embajadores y ministros informaciones sobre los acontecimientos, aun los más secretos, del conclave y los resultados cotidianos de las votaciones (1). Para evitar sospechas no se acercó jamás Azpuru a las puertas del conclave (2), y aseguró a Orsini (3) que no mostraba sus cartas a nadie fuera del embajador francés. Sin embargo, recibía diariamente de Orsini noticias sobre las votaciones (4) y remitía sus cartas al gobierno español (5). De la parte contraria no existen sino escasas informaciones, lo cual redundaba en desventaja para el historiador, pues ha de guiarse exclusivamente por los informes parciales del partido borbónico.

Como quiera, pues, que Bernis y Orsini no guardasen el secreto y la prescrita separación del mundo exterior, fué posible a los gobiernos conocer las votaciones e influir en ellas. En las primeras semanas del conclave no tenía esto gran importancia, puesto que antes de que llegasen los españoles a fines de abril no era posible llegar a una elección definitiva. Hasta aquella fecha no quedaba a los cardenales más recurso que cerciorarse mediante votaciones ficticias de las probabilidades que reunía cada uno de los cardenales; mas una vez presentes los españoles podía realizarse lo que había sido hilvanado antes de su llegada.

Ya antes todavía de que se reuniera el conclave había manifestado el agente napolitano que la elección podía recaer sobre el cardenal Fulvio Chigi, el cual, lo mismo que toda su familia, era

(1) *A Tanucci el 21 de febrero, *Archivo público de Nápoles*, C. Farnes., 1473; *a Azpuru el 21 de febrero, *Archivo de Simancas*, Estado, 5012. En la C. Farnes. (1504) se halla la clave para la correspondencia referente al conclave y los resultados de la elección del 21 de febrero al 19 de mayo inclusive.

(2) *Azpuru a Orsini el 8 de marzo, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Conclave 1769».

(3) *Ibid.*

(4) *Azpuru a Grimaldi el 23 de febrero, *ibid.*

(5) *El mismo al mismo el 9 de marzo, *ibid.*, Registro, 108.